



OBRAS BREVES DE  
JACQUES  
MARITAIN



002-A2

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE  
EL ARTE RELIGIOSO \*

Jacques Maritain

(Conferencia dictada en las Jornadas de Arte Religioso,  
2 de febrero de 1924. Fue publicada como anexo del libro 'Arte y  
Escolástica' [1920], en sus ediciones posteriores).

Permitidme someter hoy a vuestra consideración algunas reflexiones muy breves y muy sencillas, que os parecerán, sin duda, demasiado sencillas, pero que me animo a esperar hayan sido inspiradas por el buen sentido.

Lo que quisiera examinar con vosotros muy rápidamente, es el estado actual de las relaciones entre los artistas católicos y el público católico. Debemos comprobar aquí que en general no están muy satisfechos los unos de los otros. Y como en las querellas de familia, sin duda hay que decir aquí que “hay errores en los dos bandos”, y que existen, de una y otra parte, buenas razones para quejarse.

\* Es evidentemente del arte religioso por su destinación, o en otras palabras del arte sacro o arte de iglesia, de lo que se trata en esta conferencia.

Se ha dicho ya lo habido y por haber sobre eso que se suele llamar *el arte de San Sulpicio*, – mote, por lo demás, mal elegido, y sumamente injurioso para una digna parroquia parisiense, tanto más cuanto que la plaga en cuestión tiene un carácter mundial –, se ha hablado de la fealdad diabólica de la mayor parte de los objetos de fabricación moderna destinados al ornato de las iglesias, fealdad que ofende a Dios y estorba mucho más de lo que habitualmente se cree a la irradiación de la religión; se ha despotricado acerca de esa especie de acre desprecio que reina todavía en algunos ambientes ‘bien pensantes’, respecto de los artistas y de los poetas; por último, se ha lamentado la falta de gusto y de formación artística que hace desear vivamente la institución, en los seminarios, de cursos de estética o de historia del arte como los que el Papa Pío XI, antes de ser elevado al supremo pontificado, había organizado en Milán.

Sí, pero por otra parte hay un gran número de curas párrocos que desean ardentemente obedecer al deseo de Pío X, “hacer orar a su grey sobre la belleza”, y que tratan de liberar sus iglesias de los productos vomitados por las cuevas del mercantilismo religioso; ahora bien, muchos entre éstos, fuerza es confesarlo, no están satisfechos con lo que se les ofrece en nombre del Arte moderno. No hablo, evidentemente, de algunas obras superiores; hablo del término medio de la producción de estos últimos años. Nuestro afecto por los amigos no debe – sino todo lo contrario – impedirnos reconocer lo que todavía puede haber de insuficiente en un esfuerzo que por lo demás admiramos de todo corazón. Y digo que a menudo esos párrocos tienen razón, pues su oficio, comprendámoslo bien, no es el de alentar las bellas artes, sino el de dar a los fieles lo que responda a las necesidades espirituales de éstos, lo que pueda verdaderamente servir para la vida religiosa de una comunidad cristiana. En ocasiones se los ve obligados a volver a caer, desesperados, en el arte de San Sulpicio. ¿Y ello por qué? Porque esos productos de la fabricación comercial, cuando no son demasiado desalentadores, tienen al menos la ventaja de ser perfectamente indeterminados, tan neutros, tan vacíos, que podemos mirarlos sin verlos, y así proyectar sobre ellos nuestros propios sentimientos, mientras que algunas obras modernas, y precisamente las más atormentadas, las más apasionadas de entre ellas, pretenden imponernos por la violencia, en bruto, en estado salvaje, en lo que ellas tienen de más subjetivo, las emociones individuales del artista mismo. Y para orar es un impedimento insoportable, si en lugar de encontrarnos ante una representación de Nuestro Señor o de un Santo, recibimos en pleno pecho, como un puñetazo, la sensibilidad religiosa de Fulano de Tal.

A decir verdad las dificultades actuales derivan de causas profundas, y en último término de la crisis de toda nuestra civilización. El arte religioso no es una cosa que pueda aislarse del arte a secas, del movimiento general del arte de una época; si lo poneis bajo campana neumática, se corrompe, se convierte en fórmula muerta. Pero, por otro lado, el arte de una época arrastra consigo todos los materiales intelectuales y espirituales de que vive esa época, y a pesar de todo lo que el arte contemporáneo puede tener de raro y de superior en el orden de la sensibilidad, de la calidad, y de la invención, a menudo está cargado de una espiritualidad bien mediocre, y a veces bastante corrompida.

He ahí por qué los artistas cristianos se encuentran frente a dificultades muy grandes. Por una parte es preciso que vuelvan a habituar a la belleza al pueblo fiel cuyo gusto ha sido estropeado desde hace mas de un siglo – y no olvidemos que, habida cuenta de sus destinatarios, el arte religioso, como lo prescribía Urbano VIII el 15 de marzo de 1642, no debe tener un carácter “insólito” –; se trata pues de destruir las malas costumbres estéticas reconstituyendo una buena, y esto no es fácil. Por otra parte, para volver a encontrar un arte religioso verdaderamente viviente, es al arte moderno todo entero al que deben elevar, espiritualizar, llevar a los pies de Dios Y tampoco eso es fácil. Verdad es que por eso mismo el artista cristiano, si tiene el talento necesario, está en una situación privilegiada para sacar provecho de todo el esfuerzo moderno.

¿Qué se sigue de todo esto? Es por demás manifiesto que el público católico faltaría a un deber esencial, y particularmente urgente, si no comprendiese la importancia capital de la obra emprendida con una admirable generosidad por tantos artistas que trabajan para volver a introducir la belleza sensible en la casa de Dios; si no los sostuviera eficazmente, y si, aun en el caso en que no apruebe tal o cual obra en particular, no los rodease de una simpatía fraternal. Pero es evidente también que los artistas católicos por su lado deben esforzarse por comprender las legítimas necesidades del pueblo fiel, para cuyo bien común trabajan, y por darse cuenta, valerosamente, de las condiciones y de las exigencias propias de la misión a que ellos se consagran.

Pero, se me dirá quizá, ¿no es posible enunciar siquiera algunas de esas condiciones? Creo en todo caso que es posible destacar algunas verdades elementales que se nos imponen en lo que concierne al arte religioso, y que, si fuesen universalmente reconocidas, facilitarían sin duda el acuerdo entre público y artistas. Permitidme tratar de formular algunas de ellas, sobre las cuales, creo, estamos de acuerdo todos los aquí presentes, y que responden asimismo al común sentir de todos nuestros amigos.

PRIMERA OBSERVACIÓN.- No hay un estilo reservado al arte religioso, no hay una técnica religiosa. Quienquiera crea en la existencia de una técnica religiosa está en camino de Beuron. Si es verdad que no todos los estilos son igualmente favorables al arte sagrado, es todavía más cierto que el arte sagrado, como lo decíamos hace un momento, no puede aislarse, sino que debe, en todas las épocas, y a ejemplo de Dios mismo que habla el lenguaje de los hombres, asumir sobre-elevándolos desde el interior todos los medios y toda la vitalidad técnica, si puedo así decirlo, que la generación contemporánea pone a nuestra disposición. (Desde este punto de vista – subrayémoslo al pasar – no parece en manera alguna necesario que los artistas cristianos, y particularmente aquellos que todavía no han llegado a la plena posesión de su oficio, hagan exclusivamente trabajos de arte sagrado. Que comiencen por naturalezas muertas, que se habitúen a descubrir un sentido religioso en las inevitables manzanas, compotera, pipa y guitarra).

Hay, sin embargo, me parece, en el orden técnico, dos condiciones que se requieren para el arte religioso como tal, dado su objeto especial y su destino:

1° Es preciso que sea *legible*. Pues *está ahí, ante todo, para enseñanza del pueblo*, es una teología en figuras. Un arte religioso ilegible, oscuro y a lo Mallarmé, es algo tan insensato como lo sería una casa sin escalera, o una catedral sin portal.

2° Es preciso que la obra sea *acabada*, no ya en el sentido académico sino en el sentido más material y más humilde de esta palabra. Hay una soberana conveniencia en que no entre en la casa de Dios otra cosa que trabajo bien hecho, terminado, limpio, durable, honesto. *Esto debe entenderse, evidentemente, según el modo propio del estilo y de los medios adoptados*, pero la facilidad con que en nuestros días cada uno se declara satisfecho de sí, nos obliga a insistir sobre este punto.

SEGUNDA OBSERVACIÓN.- El arte sagrado se halla en una absoluta dependencia con respecto de la sabiduría teológica. En los signos que presenta a nuestros ojos, se halla manifestado algo infinitamente superior a todo nuestro arte humano: la misma Verdad divina, el tesoro de luz que nos ha sido adquirido por la Sangre de Cristo. Es ante todo a este título, porque los intereses soberanos de la fe están comprometidos en el asunto, que la Iglesia ejerce su autoridad y su magisterio sobre el arte sagrado. He recordado hace un momento el decreto de Urbano VIII del 15 de marzo de 1642 y la prescripción de la 25ª sesión del Concilio de Trento. ¿Queréis más ejemplos? El 11 de junio de 1623 la Congregación de Ritos proscribía los Crucifijos en los que Cristo está representado con los brazos extendidos hacia arriba. El 11 de setiembre de 1670 un decreto del Santo Oficio prohibía hacer Crucifijos “en una forma tan grosera y sin arte, en una actitud tan indecente, con rasgos tan deformados por el dolor, que más provocan el disgusto que la atención piadosa”. Sabéis, por último, que en marzo de 1921 el Santo Oficio prohibió la exposición en las iglesias de algunas obras del pintor flamenco Albert Servaes.

Hay ahí un punto que merece toda nuestra atención. Servaes es un pintor de gran talento, un cristiano lleno de fe, y no podemos hablar de su persona sino con respeto y amistad, y es para mí un placer ofrecerle aquí este testimonio. El Via Crucis que suscitó en Bélgica una tempestad tan terrible ha hecho nacer en algunas almas profundas emociones religiosas, e incluso ha ocasionado conversiones. En sí, es una obra hermosa y digna de admiración. Sin embargo, la Iglesia la ha condenado, y nunca es difícil, ni siquiera cuando las apariencias y los procederes humanos nos desconciertan, comprender la sabiduría y las buenas razones de las decisiones de la Iglesia. Sin él quererlo, ciertamente, y no en su alma, sino en su obra, el pintor, fascinado por el *Ego sum vermis et non homo* (“Yo soy gusano, y no hombre”) de Isaías, y concibiendo su Via Crucis como un puro vértigo de dolor, vino a traicionar ciertas verdades teológicas capitales – ante todo esta verdad de que tanto los sufrimientos como la muerte de Nuestro Señor fueron esencialmente voluntarios, y que fue una Persona divina la que sufrió el más terrible sufrimiento humano: los dolores y la agonía de su Humanidad fueron manejados por el Verbo como el instrumento con el cual ha hecho su gran trabajo. Al mismo tiempo, para los que no saben concordar las pobres figuraciones que el arte pone ante sus ojos con la pura imagen, viviente en nuestros corazones, del más hermoso de los hijos de los hombres (en él, lo mismo que en su Madre, como lo recuerda Cayetano en su opúsculo *De Spasmo Beatae Virginis*, los supremos dolores del Calvario, al

atravesar aún más cruelmente el espíritu que el cuerpo, dejaban a la razón en pie bajo la Cruz, ejerciendo su pleno dominio sobre la parte sensitiva) – para éstos, ciertas deformaciones plásticas, cierto aspecto degenerado del contorno, adquieren el valor de una ofensa a la Humanidad del Salvador, y como de un desconocimiento doctrinal de la soberana dignidad de su alma y de su cuerpo.

En una época en que la verdad de la Fe se ve amenazada por todas partes, ¿cómo ha de sorprendernos que la Iglesia se inquiete más que nunca por las deformaciones doctrinales que pueden encontrarse implícitas en ciertas obras de arte destinadas al uso de los fieles, cualesquiera sean por otra parte su valor estético, y las emociones saludables que ellas puedan suscitar aquí o allá, y cualesquiera sean la piedad, la fe, la profundidad de vida espiritual, la rectitud de intención del artista que las ha producido?

Permítasenos empero agregar que desde este mismo punto de vista dogmático la innoble sentimentalidad de tantas producciones comerciales no debe afligir menos a la sana teología, y sin duda, si es tolerada, lo es solamente como uno de esos abusos a los cuales uno se resigna por un tiempo, en atención a la debilidad humana y a lo que podemos llamar, adaptando una frase de los Libros Sagrados, “el número infinito de los cristianos de mal gusto”.

Esta regulación suprema de la teología, de la que acabamos de hablar y que supone en el artista una verdadera cultura teológica, no impone al arte sagrado, evidentemente, ningún estilo, ninguna técnica particular. Debemos, sin embargo, comprender que le comunica, como espontáneamente, ciertas directivas generales. Así los caracteres intrínsecos del objeto representado tienen ciertamente para el arte sagrado una importancia muy particular: no por cierto desde el punto de vista de la imitación naturalista del detalle material y de la apariencia pintoresca, que es más inconveniente y más abyecta ahí que en cualquiera otra parte, sino desde el punto de vista de las leyes de la *significación intelectual*. Si reflexionamos sobre la deficiencia esencial de los medios de expresión del arte humano en relación con los misterios divinos a los cuales se aplican, y sobre la terrible dificultad que hay en expresar en una materia sensible verdades que traspasan el cielo y la tierra y que unen las realidades más opuestas, nos veremos conducidos a pensar que para alcanzar una cierta plenitud espiritual el arte sagrado, por más rico que deba ser en cuanto a sensibilidad y humanidad, sin duda deberá siempre conservar algo

del simbolismo hierático y por así decirlo ideográfico, y en todo caso algo de la fuerte intelectualidad de sus tradiciones primitivas.

TERCERA OBSERVACIÓN.- Es la última. Y es simplemente, con perdón de Perogrullo, que *una obra de arte religioso debe ser religiosa*. Sin eso no será *bella*, puesto que lo bello supone esencialmente la integridad de todas las condiciones requeridas. Como lo hacía notar nuestro amigo Paul Cazin, si decimos a un artista que trata un tema religioso “que ha creado una obra maestra, pero que su obra maestra no es religiosa, le daremos mucha pena...”. Y Cazin añade: “Es privativo de Dios el tocar los corazones con un sentimiento de piedad ante el cromo más lamentable, ante el peor badurne pictórico, lo mismo que ante la obra de arte más sublime”. Es verdad esto, pero ello no obsta a que normalmente algunas obras tengan *de por sí* un valor, una irradiación de emoción religiosa, de iluminación interior, y, estrictamente, de santificación. Sin embargo, repitámoslo otra vez con Maurice Denis, ello no depende del tema mismo. No depende tampoco, estoy persuadido de ello, de una receta de escuela y una técnica particular. Sería una gran ilusión el creer que las perspectivas defectuosas y una materia pobre son el medio de expresión necesario de una emoción franciscana, o que una tiesura geométrica y tonos austeros y sombríos son requisito para dar a la obra el sello de la dignidad benedictina.

No hay reglas para dar a un objeto de arte un valor de emoción religiosa. Esta depende, por el contrario, de una cierta libertad interior respecto de las reglas. A la cual sólo se llega sin buscarla directamente, y participando uno mismo, de una u otra manera, de la vida espiritual de los santos: cosa que la común atmósfera cristiana de los tiempos de fe hacía fácil a los artistas, aun en los casos en que se mantenían muy lejos, bajo muchos aspectos, de los ejemplos de los santos; pero también cosa que, de suyo, y en ausencia de estos auxilios exteriores, requiere en el alma misma la irradiación habitual de las virtudes teologales y de la sabiduría sobrenatural. Y todavía es preciso que en razón de un insuficiente dominio o de falsos principios de escuela, la virtud de arte no permanezca separada, aislada de esta sabiduría, sino que se establezca entre ambas el contacto, y ésta pueda libremente usar de aquélla como de un instrumento dócil e infalible.